

AGENDA CIUDADANA

LOS HERIDOS Y LAS BATALLAS

Lorenzo Meyer

El Color del Cristal.- El embajador norteamericano saliente, James Jones, ha sido un buen diplomático. Evitó, hasta donde pudo, herir susceptibilidades, dar consejos no pedidos e incluso se apartó unos milímetros del tradicional apoyo incondicional de Washington al viejo régimen mexicano. Finalmente, juez y parte, Jones resumió así el estado que guarda hoy la relación México-Estados Unidos: "es la mejor que he visto en mi vida" (*Reforma*, 30 de abril). En abierto, y natural contraste, el embajador de México en Washington, Jesús Silva Herzog --el mejor representante que ha tenido allá en muchos años el gobierno mexicano-- declaró que, como resultado de los últimos acontecimientos en la relación bilateral, los mexicanos "nos sentimos heridos" (*Reforma*, 3 de mayo). Una vez más, todo depende del color del cristal conque se mire, pero ¿cuales son esos acontecimientos y que mexicanos han salido heridos?.

La Naturaleza de una Relación.- Los intercambios entre países fronterizos son siempre complicadas, pero lo son más en casos como el de México y Estados Unidos, una vecindad tan peculiar que no tiene paralelo. En efecto, en ninguna otra parte del planeta conviven de manera tan directa, sin intermediaciones, riqueza y poder por un lado y pobreza y debilidad por el otro. La asimetría es la característica más obvia pero no la única en la relación entre los dos países separados por el Río Bravo. Se trata, de la convivencia de sociedades nacionales con raíces culturales tan distintas que resultan antagónicas, herederas del

choque entre la España católica de Felipe II y la Inglaterra protestante de Isabel I. Como si lo anterior no fuera suficiente, que México es un país predominantemente indio y mestizo en tanto Estados Unidos, al menos su parte dominante, es anglosajón. Finalmente, el interés internacional norteamericano es global, y el tema mexicano es sólo uno entre los muchos que forman su gran agenda mundial; en contraste, para México la relación externa dominante desde hace más de un siglo es con Estados Unidos; tan dominante es esa relación que a veces pareciera ser la única.

La disparidad en el poder medido en términos militares, económicos, tecnológicos o simplemente demográficos, supondría que la subordinación del interés nacional mexicano al norteamericano es absoluta, permanente e inevitable. Sin embargo, no siempre ha sido ese el caso. Ha habido épocas en que la concentración del interés norteamericano en temas ajenos a nuestro país combinada con la capacidad mexicana de concentrar la voluntad y los recursos del gobierno y del país en la negociación con Washington, han conseguido resultados muy superiores a los que permitiría suponer las meras diferencias en poder. Ejemplos de lo anterior los podemos encontrar en la política exterior de Venustiano Carranza mientras duró la I Guerra Mundial, en la de Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho en vísperas de y durante la II Guerra Mundial o incluso en la de José López Portillo cuando el mercado petrolero le fue favorable. Hoy las circunstancias son muy distintas, casi opuestas.

La Naturaleza de los Tiempos.- Desde fines de los años cuarenta hasta principio de los noventa, la preocupación central

del gobierno norteamericano en política exterior fue su rivalidad con la otra gran superpotencia: la Unión Soviética. Pero al concluir 1991 y de manera inesperada y dramática, la URSS se derrumbó y volvió a aparecer la vieja Rusia, pero ya sin la capacidad de desafiar la posición de Estados Unidos como única superpotencia mundial.

Sin adversario de categoría al frente, los norteamericanos se han volcado sobre si mismos, un poco como lo hicieran al concluir la I Guerra. En unos Estados Unidos seguros, persuadidos de la bondad y superioridad de la economía de mercado, de la democracia y de la necesidad de dismantelar el Estado benefactor, han surgido con intensidad variable, tres temas en su agenda interna que tienen relación directa con México: a) la creación de la Zona de Libre Comercio de la América del Norte, b) la lucha contra la drogadicción, y c) el rechazo a los trabajadores extranjeros indocumentados --especialmente en California-- que en su mayoría son mexicanos.

En el mapa político interno norteamericano, estos tres temas evolucionan en su intensidad de manera un tanto imprevisible. La aprobación del Tratado de Libre Comercio con México (TLC) pasó inadvertida para la mayor parte de los norteamericanos, aunque grupos muy específicos, como son los sindicatos, le rechazaron con gran vehemencia. La evaluación de este instrumento en Estados Unidos será el 1° de julio, y otra vez el TLC volverá a ser objeto de discusión, sobre todo porque si bien las cifras de del intercambio comercial propiciadas por el acuerdo son altas (en 1996 las exportaciones de México a Estados Unidos fueron de

80,343 millones de dólares y las importaciones de 67, 459 millones de dólares), no hay una sola evaluación sobre el efecto neto del libre comercio sobre lo que interesa, no a las empresas sino a las poblaciones de los dos países: el empleo. Por otro lado, el viejo proteccionismo norteamericano sigue vivo, el TLC no ha podido acabar con él.

Por lo que se refiere al narcotráfico, el problema se transforma pero sigue pendiente la solución real. Mientras tanto, México está siendo obligado por Washington a librar en su territorio una guerra que es básicamente ajena, pues es en Estados Unidos donde está el origen del problema --más de medio millón de arrestos anuales relacionados con el uso y venta de drogas prohibidas-- y también la solución, si es que la hay. Para México, esa lucha sólo ha significado un aumento en la injerencia norteamericana en sus asuntos internos, un aumento en los ya tradicionalmente altos niveles de corrupción y un mayor debilitamiento de sus instituciones jurídicas y armadas: procuradurías de justicia, policías y ejército. Se calcula que los ingresos de los carteles de la droga en México ascienden a 10 mil millones de dólares anuales, de los cuales el 60% se destinan al soborno de las autoridades mexicanas (*The New York Times*, 23 de febrero). El caso del general Jesús Gutiérrez Rebollo, formalmente encargado de perseguir a los narcotraficantes pero en realidad al servicio del más poderoso de ellos --Amado Carrillo-- es el símbolo perfecto del callejón sin salida en que se encuentra la política mexicana en este campo.

Por lo que hace a la migración indocumentada, los cálculos que se manejan en Estados Unidos la ponen en 5 millones de personas a fines de 1996. Del total, el 54.1% son mexicanos (**The New York Times**, 8 de febrero) y concentrados en California, estado donde se ha desatado la reacción más dura en su contra. Para resolver, supuestamente, el problema, el congreso americano acaba de aprobar una ley de migración que disminuye los beneficios a los migrantes legales y permite la expulsión inmediata, incluso masiva, de los ilegales.

Desde luego que hay otros muchos problemas en la agenda bilateral entre México y Estados Unidos, pero esos tres son los que abiertamente dominan la relacionada con México. Hay, sin embargo, un cuarto tema que, por su naturaleza, no esta en el debate público: la viabilidad del actual sistema político mexicano. El contradictorio proceso mexicano de transición del autoritarismo hacia algo supuestamente mejor, ha despertado temores en Washington por la estabilidad política al sur del Bravo.

Las Heridas y los Heridos.- Identificados los temas centrales de la agenda México-Estados Unidos --los campos de combate- ¿quienes han salido heridos?.

En el caso del TLC, la mayoría de los heridos mexicanos ya están muertos. Se trata de todas las empresas --general pero no exclusivamente pequeñas y medianas-- que no tuvieron oportunidad de competir con la eficiencia norteamericana, ya fuese por falta de capacidad o de condiciones. Los pocos que han quedado con vida

son los que piden la revisión del TLC para darle una mejor oportunidad a David frente a Goliat.

Por lo que se refiere a la guerra contra el narcotráfico, los heridos de los que habla el embajador Silva Herzog, son básicamente sus propios colegas: la clase política mexicana, desde el presidente hasta los gobernadores, pasando por los secretarios de Estado, procuradores y élites burocráticas. Es a ellos a los que se ha expuesto a la crítica y a la humillación internacionales al discutirse públicamente en el Congreso norteamericano si el gobierno que han conformado y dirigen en México es o no digno de recibir el visto bueno de Washington. Por la vía de la prensa y las cadenas de televisión se ha expuesto no sólo la corrupción de un general de división mexicano --Gutiérrez Rebollo--, sino de todo el aparato de gobierno mexicano. La visita del presidente norteamericano a México dio la oportunidad para que se presionara a Ernesto Zedillo y a su Procurador General para que, a cambio de una ayuda insignificante (¿que son 6 millones de dólares para un país que debe 170 mil millones) se permita a las autoridades norteamericanas participar directamente en la selección y preparación de los agentes antinarcóticos mexicanos (*Reforma*, 6 de mayo, *El País*, 7 de mayo). Washington quiere librar su guerra en México en sus propios términos. Aquellos mexicanos que no necesariamente se identifican con sus gobernantes pero si con el concepto de soberanía --lo que queda de ella--, también se cuentan entre los heridos.

Donde la herida hecha por la acción del gobierno norteamericano a su vecino del sur adquiere un carácter masivo,

es en el área de la migración. Hoy por hoy, la economía mexicana es incapaz de dar trabajo al millón cien mil jóvenes que lo solicitan por primera vez cada año. Sin un proyecto viable en este campo, el país mantiene a una parte de sus trabajadores en el desempleo o subempleo y a otra, a la más emprendedora, la expulsa hacia el país del norte: a soportar la discriminación, la explotación y la amenaza de la deportación, pero a lograr un empleo en una economía pujante y que en varios sectores requiere mano de obra muy barata. Se calcula que los trabajadores mexicanos en Estados Unidos --legales e ilegales-- envían a nuestro país 4,500 millones de dólares anuales (José Luis Calva, "Migrantes: culpables en casa", *El Universal*, 18 de abril). La herida real o potencial para estos mexicanos y sus familias es doble: en su país primero y en Estados Unidos después.

Finalmente, ¿qué decir por lo que hace al apoyo de William Clinton al jefe de un partido de Estado --Ernesto Zedillo-- en vísperas de unas elecciones decisivas? Por lo menos esta vez, el presidente norteamericano se entrevistó con los líderes de los partidos de oposición --¿le mencionaría a Zedillo en privado algo sobre las acusaciones hechas en la ONU contra el gobierno mexicano por violaciones de los derechos humanos?--, pero los mexicanos deseosos de dejar atrás la larga historia de un régimen de partido de Estado, se sienten heridos por el apoyo histórico e incondicional que Washington ha dado al priísmo desde su origen.

Nota. - Ante la imposibilidad de hacerlo personalmente, doy las más sinceras gracias a todos aquellos que en público me han manifestado su solidaridad ante la cancelación fulminante del

espacio de comentarios políticos que, por casi dos años, tuve en la radio.